

L.D.D. 001.1  
2

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SEÑOR DOCTOR

JOSE IGNACIO ESCOVAR, 1848 -

EN LA SESION SOLEMNE DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL;  
EL DIA 8 DE DICIEMBRE DE 1875.

---

Señores:

La Junta de Inspeccion i Gobierno de la Universidad nacional se ha servido designarme para dirijiros hoy la palabra. A este alto honor voi a tratar de corresponder lo mejor que me sea posible, aunque no abrigo la esperanza de hacerlo de una manera digna del ilustrado concurso que solemniza este acto.

Esclarecidas ya desde esta misma tribuna dos de las facces principales del problema de la educacion, me ha parecido oportuno considerarlo por otro de sus aspectos, a saber: influjo de la cultura intelectual en la libertad humana. Asunto complicado, sobre el cual no comenzaré a discurrir sin manifestaros que me tiembla la mano al ir a dar algunas pinceladas más en un cuadro empezado por maestros.

Vivir, ha dicho un ilustre pensador contemporáneo, es dar uno su flor i su fruto: ideal de la vida que lo es tambien de la libertad, a mi modo de ver. Da su fruto el que vive la vida del alma, el que piensa por sí. I éste es tambien el hombre libre; porque la libertad, como alguien lo ha dicho, consiste no en proceder sin razon, sino en proceder conforme a la propia razon. Nuestra libertad seria casi absoluta si en las liberaciones que deciden de nuestra conducta no interviesen sino nuestras propias ideas, es decir, las que hemos formado nosotros mismos i las que nos hemos asimilado mediante nuestro trabajo mental. Pero no es eso lo que ordinariamente sucede: en los consejos del alma tienen voto ideas que no nos pertenecen realmente, i suelen carcer de él ideas sin las cuales es imperfecta o nula la vida moral. Interviene entónces en la direccion de nuestras acciones una fuerza estraña que no es ménos real i efectiva porque no la situamos: tampoco sentimos el peso de la atmósfera, i sin embargo la atmósfera pesa. I como esa fuerza que nos impone ideas, o que nos impide adquirirlas emana de la naturaleza o de la sociedad, puede decirse que el hombre es tanto más libre cuanto más se sustrae a la influencia del medio físico i del medio moral en que vive.

Trataré primero de la influencia del medio físico, limitándome, para no abusar de vuestra paciencia, a presentar dos ejemplos que aclaren la idea principal.

En la tierra, cual se halla hoy, puede estudiarse al hombre en todos los grados de desarrollo: aquí vagan salvajes que llevan una vida casi animal, allí se ven tribus fijas algo más avanzadas; allá sociedades regularizándose lenta i trabajosamente; a una parte, pueblos que se han detenido en su marcha, como si hubiesen alcanzado el término de su viaje; a otra, nobles naciones que se disputan la honra de guiar la peregrinación de la humanidad hácia la tierra prometida de la verdad i de la libertad. Los que ocupan las últimas filas de esta peregrinación, santa porque lo es su objeto, son los esclavos de la materia; los que la guían son aquellos que han adquirido mayor imperio sobre la naturaleza. Si los comparais, no podreis ménos de fijaros en que el pensamiento de los primeros no se estiende más allá de lo concreto, mientras que el de los segundos vive en un mundo ideal; en que los unos no nombran nada que no vean u oigan, mientras que en los diccionarios de los otros no se halla voz alguna que denote algo perceptible por los sentidos.\* En otros términos: los hombres civilizados tienen ideas generales i abstractas, o sean concepciones ideales, al paso que los ínfimos salvajes carecen absolutamente de ellas. Notable fenómeno, a cuya causa me permito llamaros la atención.

La naturaleza, pródiga con los que la conocen i dominan, es avara i cruel con aquellos a quienes tiene bajo su planta avasalladora. Para los primeros hila el gusano de seda, doran las mieses los campos, destila su néctar la uva; a los otros, a los siervos no les fué dado procurarse el escaso sustento sino empleando en ellos toda su actividad i todo su tiempo; ni vencer en la lucha por la existencia, sino comprando la vida del cuerpo al precio de la vida del alma. Sin animales domésticos ni agricultura, desnudos e inermes, i en lucha constante con la naturaleza, les es forzoso tener permanentemente fija la atención en aquellos objetos determinados de cuyo conocimiento perfecto depende su existencia. Los efectos de semejante condicion están a la vista: las facultades perceptivas se desarrollan prodijiosamente; las otras, que permanecen inactivas, se aletargan: una parte del alma, permítaseme decirlo así, adquiere la delicadeza de la sensitiva; la otra, la más noble, se petrifica: las impresiones que afectan la una se graban profundamente i dejan una huella durable; las que afectan la otra pasan sin dejar rastro, como pasa por la superficie del mar la sombra de una ave viajera. Esta inteligencia, flor no fecunda, cuya actividad está casi toda latente como la chispa en la pólvora, conserva sin embargo la facultad de diferenciar e integrar, bien que apenas en el grado necesario para formar concepciones concretas. El salvaje conoce uno

\*Vivimos en dos mundos distintos, el de la vista i el del pensamiento; i por extraño que esto pueda parecer, nada de lo que pensamos, de lo que nombramos, de lo que se halla en el diccionario puede ser visto, ni oído, ni percibido. (Max Muller.)

Se exceptúan, por supuesto, los objetos que nombramos con sustantivos propios, o con sustantivos genéricos particularizados.



a uno los árboles del bosque en que caza, palmo a palmo los senderos que frecuenta i los romanos del río en que pesca; pero en vano buscaréis en su mente la concepción jeneral de *árbol, de sendero, de romano*.\*

Vosotros, habituados como estais a sondear el espíritu, percibireis de una sola ojeada la inmensa trascendencia de este interesante fenómeno.

Las concepciones ideales, signo de nuestra debilidad, porque Dios no las necesita, lo son tambien de nuestra grandeza, porque el bruto es incapaz de formarlas. Sin ellas, el alma se arrastra como una planta trepadora que no encuentra en que apoyarse; con ellas, su radio visual se dilata cuanto el del águila que se remonta a las nubes. Ellas son la esencia misma de la vida mental; el mundo en que viven el sabio, el poeta, el artista; el guía que nos conduce del individuo a la especie, del hecho a la lei, de lo visible a lo invisible, del átomo al mundo, a los mundos, a Dios. Ellas son tambien condicion esencial de la vida moral; porque esta no existe sino cuando hai lucha interior, cuando hai algo que se oponga a la pasión i al instinto; i ese algo son siempre concepciones ideales—el derecho, la justicia, el deber.

No es extraño, pues, que carezcan del verbo *amar* i de voces que denoten afectos las lenguas que no tienen nombres de ideas jenerales\*\* : hecho que pinta por sí solo la condicion moral de los pueblos que las hablan. Al calor de los efectos se desarrolla cuanto hai bueno i noble en nosotros; en la dulce atmósfera de un hogar dichoso es donde se abre el corazón a todos los sentimientos delicados i tiernos; allí es donde nace el espíritu de previsión i se aprende a conocer el valor de los gozos sencillos i puros; allí es donde el padre, rodeado de sus hijos, alza la inteligencia a la contemplación reverente del Padre de todos los seres, i el corazón a la esperanza de una vida mejor mas allá de la tumba. Los hombres sin concepciones ideales no aprecian sino la astucia i la fuerza; ni viven sino para comer, reproducirse i batallar. Jamás les arrancó lágrimas la piedad, ni asomó a sus labios la oración ferviente. Nunca dilató su pecho el amor puro, el verdadero amor, ni aquella dulce necesidad de la expansión, que suele hacernos esclamar como el poeta: alas! alas! Jamás la idea del deber iluminó la noche de su conciencia, ni sintió jamás su mente el dolor sagrado de la tensión hácia lo infinito. Pueblo sin concepciones ideales son los que tratan a la mujer i al niño como bestias de carga, los que quitan la vida a los ancianos que ya no pueden procurarse el

\*Martius observa, hablando de los salvajes del Brasil, que en sus idiomas no hai palabras para las ideas abstractas de planta, animal &, ni tampoco para las nociones mas abstractas de color, especie, sexo &, (Lubbock "The Origin of civilization" p. 332).

Es rarísimo encontrar en las lenguas de los salvajes de la América del Norte un término que exprese la idea jeneral de *encina*, (id. l. C.)

\*\* El Coronel Dalton dice que el idioma de los Iroqueses de la India Central carece de epítetos efectivos. El idioma algonquin, uno de los mas ricos de la América del Norte, no tiene palabra alguna equivalente al verbo *amar*. Los indios Tinné del occidente de las montañas Rocalosas, no tienen palabra que corresponda a *querido* o *amado* (Lubbock, obra citada).

sustento, los que dejan morir de hambre a los enfermos, los que devorau a los prisioneros de guerra.

Ya veis, señores, que en ciertas circunstancias el mundo exterior impide la formación de concepciones ideales, i que sin ellas es imposible la vida moral: lo que equivale a decir que la naturaleza, manteniendo latente el fruto del alma, la hace por ese mismo hecho esclava de la pasión i del instinto. Ahí teneis, pues, la esclavitud acaso en la peor de sus formas. Ese hombre sin luz en la mente, sin amor en el corazon, sin vida moral, esclavo de los apetitos brutales, siempre atormentado por vagos terrores, ese es el producto de la tiranía de las fuerzas ciegas de la naturaleza, que si se postran sumisas ante quien conoce la lei a que obedecen, avasallan implacablemente a quien ignora esa lei.

Bajo esa servidumbre, en esa oscura noche intelectual i moral, vivieron largos siglos nuestros mayores. La tierra, fiel depositaria de las huellas de cuanto ha vivido en su seno, contradice elocuentemente a los que creen que pasó ya la edad de oro. Ella les muestra al hombre ante-histórico abrigándose en cavernas, fabricándose instrumentos de huesos i de piedras, disputando penosamente su existencia a las fieras, i llevando una vida en nada superior a la de los infimos salvajes modernos. De salvajes como éstos, que no poseian mas que alguna grosera hacha de sílex, descendeu los que han perforado el monte Cénis i construido el Leviatan. Antropófagos fueron los antepasados de los que han libertado los esclavos a costa de su sangre. De hombres incapaces de contar hasta cinco, descendeu los que han pesado la Tierra i el Sol. De seres en cuyo espíritu estrecho no cabia la concepcion jeneral de *árbol*, producen los sabios que ven todas las palabras en unas pocas raíces, todo el mundo organizado en una célula, toda la materia bruta en un átomo. Cuántos restos de esa barbarie primitiva subsisten aún, vosotros lo sabeis muy bien, señores, pues que sois de los que trabajan por extirparlos. Dolor da decirlo, pero es la verdad: no se puede cavar algo hondamente en el pensamiento de este siglo entristísimo, sin tropesarse con horribles fósiles intelectuales i morales.

Comparad el alma i el corazon empedernidos de esos pobres salvajes, con el alma alada i el corazon noble i humanitario de los hombres cultos de los países civilizados, i no podreis ménos de preguntaros quién sacó esta mariposa de aquella oruga, qué número telar produjo semejante maravillosa metamórfosis. Bien se ve cuál será vuestra respuesta. El presente es hijo del pasado, como lo será del presente el porvenir; el progreso es fruto esclusivo del trabajo de la humanidad: ella le debe a Dios el dón de la vida i la facultad de mejorarse; pero su perfeccionamiento se lo debe a sí misma. La razon, la esperiencia i la observacion, "santa trinidad de la ciencia," hé ahí los verdaderos libertadores de la especie humana. Si; la inteligencia fué el número que produjo aquella maravillosa trasformacion, bien que en siglos de trabajo; porque a la manera en que las aguas i los vientos gastan miles de años para allanar una colina, así tambien la fuerza mental gasta siglos para allanar uno de esos Chimborazos del mundo moral.

La inteligencia fué quien vistió i armó al salvaje i lo puso a cu-



hierto de las inclemencias del cielo; ella fué la que sujetó a su dominio el caballo i el buci; ella la que cubrió de mieses los campos i de rebañes los prados; ella, en fin, quien procuró al hombre el descanso i la abundancia, padres de la ciencia, de la legislación i de la poesía. Mas para ser justos es preciso reconocer que la inteligencia ha tenido por aliado a la casualidad en la obra de la liberacion del hombre; el acaso acreció quizá por la primera vez al cazador el noble animal que habia de guardar su cabaña i su rebaño; una mano distraida fué probablemente la que, frotando dos leños, produjo la chispa que habia de forjar el hacha, devorar los bosques, modificar los climas; un incendio fortuito quizá fué el que hizo correr la vez primera, en olas incandescentes, por los costados de la colina, el metal de que habian de fabricarse el arado i el riel.

Estudiado ese caso extremo, en que el dominio de la naturaleza sobre el hombre es casi absoluto, veamos otro en que ese dominio es parcial, aunque bien discernible: aludo a la influencia del medio físico en la direccion del sentimiento religioso. Sirvanos de ejemplo lo que el profesor Wundt llama *religion de las estepas*. En las llanuras secas i arenosas del alta Asia, donde la vista vaga en la inmensidad, engañada a cada instante por las imágenes ilusorias del espejismo, el hombre, sediento, presa del hambre i de la fiebre, puebla el desierto de fantasmas, hijos de su imaginacion enferma. De ahí el culto de los espíritus i el chamanismo,—que no es otra cosa que la produccion artificial del éxtasis,—creencias que imperan desde los Urales hasta el mar del Japon, i desde los Himalayas hasta donde mueren en el mar las últimas colinas de Siberia. Un ejemplo semejante nos ofrece la estremidad occidental del Asia: La Milita babilónica, diosa del sol en las llanuras uniformes de Caldea, donde el clima i la vida nómada ofrecian al hombre tantas ocasiones de contemplar el cielo, se tornó divinidad terrestre de la Fecundidad, en la montañosa i fértil Fenicia.

Como las ideas religiosas influyen mas o ménos en la conducta del hombre, es patente que tanto mas libre será él cuanto mas independientes sean ellas del mundo exterior.

I si pudiésemos detenernos a estudiar los efectos del cultivo del entendimiento desde este punto de vista, veriamos cómo ha ido engrandeciéndose la idea de Dios en la mente de la humanidad, a medida que han ido generalizándose mas i mas sus ideas; cómo del culto del fetiche protector del individuo, se pasó al culto del fetiche de la familia i de la tribu, i de la deificacion de la cosa a la deificacion de la especie; veriamos cómo, formada ya una idea mas general del mundo, fueron deificados el cielo i la tierra, grandes fetiches que contienen a todos los otros, \* i cómo de ahí, por una gradacion lenta e insensible, se llegó a la concepcion de una fuerza creadora del cielo i de la tierra: transicion de lo físico a lo moral, no difícil de concebir i de que abundan ejemplos. La Virgen de ojos azules, primero diosa del aire i del cielo, fué mas tarde personificacion de la pureza i de la sabiduría; i el Dios del sol llegó a ser mera personificacion de la poesía, que como el sol anima i regocija, i de la cien-

\* De Montrui. Le Fétichisme,

cia, que ilumina como el sol.\*\*Veríamos, en una palabra, que la cultura del entendimiento ha elevado a las razas civilizadas, desde la adoracion del fetiche, a quien el salvaje maltrata sino se cumplen sus deseos, desde la adoracion de divinidades crueles a quienes es grato el olor de la sangre inocente, hasta la concepcion grandiosa del Dios justo i misericordioso a quien invocamos con el dulce nombre de padre.

Igual progreso notaríamos en la manera de concebir las recompensas de ultratumba: el maorí cree que el cielo es un campo donde estará eternamente combatiendo i eternamente vencido i devorando a sus enemigos; el árabe espera gozes sensuales en recompensa de sus virtudes; el cristiano ilustrado no puede concebir otro cielo que la contemplacion de la eterna belleza i la posesion de la verdad absoluta. I lo mismo puede decirse del culto exterior: las divinidades crueles de los pueblos bárbaros exijen sacrificios humanos; en un estado de civilizacion algo mas avanzado, es la sangre de la oveja la que salpica las gradas del altar; el hombre ilustrado que se prostra de rodillas, no por temor sino por amor i respeto al Ser increado, no inmola mas víctimas que sus propias pasiones.

I si volviendo a otra parte la vista la fijais en el modo como la mente cultivada salva en idea las barreras que le oponen el tiempo, el espacio i el organismo en que vive, no podreis ménos de maravillaros al ver cuanto se engrandece con la cultura intelectual esta efímera vida humana, frágil vaso lleno de dolores i de gozes. El hombre ilustrado vive la vida de todos los tiempos i de todos los lugares ve en cada cosa mas de lo que ven en ella los ojos del cuerpo; distingue en el concierto universal la voz de cada arbusto, de cada insecto, de cada ola; se inclina, como dice Balzac, al borde del mundo para interrogar a las otras esferas; oye donde quiera que se halle,—en la montaña, en el bosque, en el mar,—la voz misteriosa que hablaba a Moises desde la zarza encendida; i siente, segun la bella espresion de Goethe, vivir i moverse en su alma las majestuosas formas del mundo infinito. Ora oye estaciado en los campos risueños de Galilea las sublimes parábolas del Hijo del Hombre; ora asiste presa de angustia mortal, a los últimos momentos de Sócrates. Ya dilata su pecho el placer que embargó el de Colon al pizar las playas del mundo que sacó de las olas; ya revesa en su corazon la amargura que hubo de rebosar en el de los héroes polacos al ver perdida, acaso para siempre, la libertad de su patria. Ora se enardece con el celo religioso que animaba a los cruzados, ora se inflama con el fuego sagrado que ardia en el pecho de los libertadores de la América. Ya admira en silencio, desde el aduar del beduino, la solemne majestad del desierto; ya se arroba meditando bajo los bosques seculares de la India; ya contempla embebecido, a la ténue claridad del crepúsculo, el amarillo franjado de esmeralda de nuestras pampas solitarias.

Pero el espíritu cultivado no es solamente un espejo en que se re-

\*\*Brocher. La Théocratie romaine.



fleja el mundo material: tambien asiste al drama de la vida interior. El ve en si mismo fulgores incalables de la luz divina, i tinieblas de pasion i de dolor. Ora es campo cerrado en que combaten las ideas como gladiadores; ora altar de fraternidad, donde los pensamientos, combiniándose, forman uno mas perfecto i sublime. Ya se interna osadamente en la espantosa oscuridad del misterio; ya se inclina horroizado sobre vertiginosos abismos mentales. Ni son ménos deslumbradoras las bellezas del mundo intelectual que las del mundo de la materia. Hai tanta armonía en las polaridades i afinidades de las ideas como en las de los átomos: i en las atracciones i repulsiones de los pensamientos suele haber tanta grandeza como en la gravitacion de los mundos. El despuntar de una idea en el horizonte del alma es un espectáculo no ménos imponente que la salida del sol; i el ocaso del error tiene para el alma amante de la verdad tantos encantos como el crepúsculo de una apasible tarde de verano.

Si vivir, como se ha dicho mil veces, no es conservar muchos años la existencia, sino pensar i sentir mucho: cultivar la mente es centuplicar la vida, i embellecerla, i engrandecerla, i ensauchar prodijosamente la libertad del espíritu, rei que vive prisionero en nosotros.

## II

Permitidme ahora hacer algunas reflexiones jenerales, encaminadas a esclarecer un punto cardinal que he tocado apénas.

La fisiología moderna ha reconocido que, al lado del cerebro, instrumento maravilloso del espíritu, hai centros secundarios, que funcionan apesar de nuestra voluntad; i ha demostrado experimentalmente que de ellos parten el impulso instintivo, i el que toma el nombre de pasion cuando despierta una emocion en el alma. Por eso se ha dicho que hai no solo un abismo moral sino tambien un estrecho físico entre los dos mundos de la conciencia i de la inconciencia, de la idea i de la animalidad.\*

Hai, pues, en nosotros dos hombres: el uno, que tiene la fuerza sorda i persistente de un arco siempre tenso, i la obstinacion del iman, es mero resultado del juego armonioso de los complicados resortes del organismo; el otro, débil de siyo pero capaz de fortalecerse mediante el ejercicio, es la llama divina que arde en el cerebro.

El hombre inferior, el déspota brutal, domina sin contradiccion en los infimos salvajes, i casi sin ella en miles de hombres que viven como salvajes en el seno de las sociedades civilizadas. El espíritu no llega a ser realmente un gusa, un freno, un juez, sino cuando ha adquirido concepciones ideales de un orden elevado, cuando se ha hecho capaz de sentir la sed de verdad i de justicia; porque es entonces cuando comienza la lucha interior que constituye la vida moral, i que es a la par la gloria i el tormento del hombre. Porque la idea se opone a la satisfaccion indebida de un impulso instintivo, por eso

\*El dualismo del hombre i del animal, del anjel i la bestia, no es quimera, ni antítesis, ni fantasía. Puede verlos ambos: aquí el cerebro, el centro noble; allí los diversos centros de la médula i del sistema nervioso simpático; en aquel reina la voluntad, en estos el instinto. (Languel. Les Problèmes de l'âme.)

hai combate; i porque la idea puede vencer, por eso es susceptible el hombre de llegar a ser libre. Este es el verdadero título de su nobleza intelectual i moral.

Pero en esta batalla perpetua librada en la oscuridad i sin mas testigo que Dios, no se triunfa sin angustias i angustias indecibles.

¿Quién escapó jamas a la accion tenaz del instinto, ora blanda i persuasiva, ora ruda i violenta? ¿Quién no siente dentro de sí los movimientos convulsivos del hombre inferior que lucha por desentenderse? ¿A quién no se le han enterebrecido los ojos del alma cuando la pasion lanza sobre el cerebro olas hirbientes de sangre? ¿Qué diátras no toman, de qué pretexto no se valen estos tiranos interiores para colmar sus deseos? Ora, arrastrándose como reptiles, suplican i adulan, ora se yerguen i mandan imperiosos i altivos. Vosotros, moralistas habituados a velar sobre vosotros mismos i a ver en las tinieblas de la vida oculta, vosotros sabéis muy bien cuántas veces se apaga la llama de la conciencia en el fragor de esa lucha, i cuánto hai de la vida inferior en los mas nobles arrauques del alma.

I no nos fué dado escusar esa lucha: estirpar los tiranos exteriores es un delirio de los ascetas; i aunque no lo fuese, jamas debiera ponerse por obra semejante intento. No es cegando el manantial como puede aprovecharse el arroyo, sino dirijiendo bien la corriente. No es mutilándose como el hombre se acerca a la perfeccion, sino desarrollando todas sus poteneias armónicamente. No es debilitar el impulso lo que conviene, sino fortalecer i engrandecer la idea. Sin pasiones seríamos inertes, incapaces de bien i de mal. No dejarse gobernar por ellas es lo que importa, i dirijirlas bien. Eso es cabalmente lo que le es dado hacer a la mente ilustrada.

Ella forma, en efecto, en parte con ideas auyas, en parte con ideas tomadas del patrimonio comun de la humanidad, un modelo de hombre bueno, un ideal mas o ménos puro, mas o ménos perfecto, a quien se propone imitar en todos los actos de la vida. Ideal que es algo como una deidad que mora en nosotros, que no manda con imperio ni se insinúa por la lisonja, pero cuyo dulce i austero mirar impone al instinto el respeto cuando no la obediencia. El conforta el alma cuando desmaya, la anima al combate, i la corona despues del triunfo con una aureola invisible. El opone al instinto la idea del dolor que viene en pos de la falta, i fortalece el espíritu anticipándole durante la lucha el goce de la victoria. Si nos mira severamente, nos impone el mas duro de los castigos; si aprueba nuestro proceder, nos da el mas deseado de los galardons. Nos concede la paz del alma, si le somos fieles; nos castiga con el descontento de nosotros mismos si le hacemos traicion. Nadie sino él puede cortar los cabellos al Sanson brutal que vive en nosotros. Nadie sino él puede consolarnos de las injusticias del destino, que son crueles, i de las injusticias de los hombres, que son mas frecuentes i no ménos terribles. I vosotros sabéis que los que no se arrojan en el océano envenenado de los placeres que matan, son precisamente aquellos que han gustado el placer purísimo de ofrendar lo mejor de su sér en el altar de su propia conciencia.

Tal es el poder que la mente cultivada opone a las tiranos interior-



res, poder que es la mas grande de las obras de la humanidad. La abnegacion de los mártires, las vijilias de los sabios, los arrobanientos de los místicos, el valor de los héroes, el trabajo, en fin, de todos los que han pensado i luchado, de todos los que piensan i luchan, ha contribuido a formar i ennoblecer nuestro ideal moral. Para engrandecerlo i embellecerlo pensaron Epicteto i Franklin, murieron Sócrates i Ricaurte, i vivieron una vida de virtudes Fenelon i Vicente de Paul.

Ni es estacionario el ideal: ántes bien se engrandece i ennoblece cada dia en la mente de la humanidad, como se engrandece i ennoblece en ella cada dia la idea de Dios. El Jehová de los judios no es el Dios de un cristiano ilustrado de hoy, ni el Dios de San Jerónimo es el Dios de Fenelon. Así, entre el ideal moral de la sociedad romana i el de las clases cultas de nuestros dias, média una distancia tan grande, como la que pudo haber entre el ideal de Sócrates i el del mas ignorante de los griegos.

No hai Moises, ni lo habrá acaso jamas, que pueda hacer brotar la fuente que sacie la sed de verdad que nos devora; pero si le fué negado a nuestra debilidad abarcar el todo en su majestuoso conjunto, fué nos concedido al ménos ir añadiendo nuevas partículas a nuestro caudal de saber. I así la verdad moral, átomo no mas en los tiempos primitivos, es ya una montaña, que no llegará jamas hasta el cielo, pero que sí se elevará lo bastante para que desde su cima apénas alcance el alma a oir el oleaje de las pasiones que se azotan al pié.

A esa altura el viento sopla constantemente, i con fuerza casi irresistible, en la direccion de lo bueno i de lo bello. Por eso llega casi a realizarse, para las almas que suben hasta allá, el pensamiento de aquel místico español que exclamaba: "En la voluntad no hai necesidad como en la naturaleza; i pluguiese a ti, mi Dios, que la hubiese de hacer el bien."

Es grande el que descubre una verdad útil al jénero humano, i es grande el que conduce a la victoria el pendon de una causa justa; pero es mas grande aún el que por ser fiel a su ideal arrostra el desprecio de sus semejantes: para ellos la gloria i acaso la fortuna; para él la ignominia. He ahí el hombre verdaderamente libre: él, que sin esperanza de llegar a la ribera opuesta, a la voz del deber se arrojó al mar enbravecido, a tiempo que lo llamaban insensato todos los que se quedaban en la playa, i que no habia entre ellos ninguno capaz de apreciar la heroicidad de su resolucion, ni de medir la grandeza de su sacrificio.

I aquí se me vienen involuntariamente a los labios las palabras del poeta:

"I hombre, de un hombre en el grandor me elevo."

Porque, en verdad, no puede uno ménos de enorgullecerse de ser hombre, cuando piensa que la humanidad ha producido en todas las épocas semejantes modelos de perfeccion; como no puede ménos de inclinar tristemente la cabeza, al reflexionar cuán grande es la distancia que sopara de ellos a la inmensa mayoría del jénero humano. Pero el que seamos enanos será motivo para tratar de igualarnos a los gigantes, jamas para negar que lo sean, como lo hacen los sofis-

tas que soplan sobre la llama de la conciencia para confundirlo todo en las tinieblas de una espantosa noche moral.

Por unos pocos a quienes la educacion permite acercarse a ese dechado de hombre libre, ¡cuántos que llevan una vida puramente animal! cuántos que mueren sin haber experimentado la dicha de luchar i vencer! La humanidad no será libre sino cuando la educacion haya encendido en cada alma la llama de la conciencia. Ese dia está bien lejano sin duda; pero consuela pensar que de nosotros depende apresurar su llegada, i que cada dia es mayor el esfuerzo dedicado a esa noble tarea.

### III.

Como el agua en una tierra seca i porosa, así se infiltran las ideas en el alma tierna del niño. El lenguaje, el hábito, el ejemplo, todo contribuye a fundir el alma, blanda aún, en un molde preparado de antemano. De ese modo se heredan las ideas i con ellas las costumbres. Las mismas causas que nos han hecho aquí cristianos, libres i humanitarios, nos habrian hecho fetichistas i esclavos en el Congo, i antropófagos en la Nueva Zelandia. La respetable matrona colombiana, que mira el suicidio como el mayor de los crímenes, nacida i educada en la India, se arrojaría sin vacilar en la pira en que ardiesen los restos mortales de su esposo. El cristiano fervoroso que peregrina a besar reverente el santo sepulcro, si se hubiese hallado entre la turba judía que reputaba blasfemo al Hijo del Hombre, habria sido probablemente de los que gritaban: "Caiga su sangre sobre nuestras cabezas i sobre las de nuestros hijos!" I vosotros nobles defensores de la libertad del pensamiento, ¿estais bien seguros de que no habriais votado en el Consejo de los Quinientos por la muerte de Sócrates?

Tal es el poder del medio moral, de la atmósfera de ideas en que vivimos i nos es forzoso respirar.

Lo que hai de comun en las almas son las ideas heredadas. Lo que distingue el "hombre individuos del hombre-humanidad," es lo que él ha añadido a esas ideas, la manera como las ha modificado, o el grado en que se las ha asimilado i hecho fecundas por su propio trabajo mental. El que no ha hecho algo de eso, el que no ha dado su fruto, no tiene nada propio, nada que intelectualmente lo distinga de los demas hombres. Es un mero producto del medio moral en que vive, un árbol desviado de su direccion natural por la presion i convertido en planta rastroera. Nunca se ha preguntado por qué cree o deja de creer en tal o cual cosa, por qué ejecuta o deja de ejecutar tal o cual acto. Cree pensar, pero es la sociedad la que piensa por él; cree gobernarse a sí mismo, pero es la sociedad quien dirige sus acciones. Llamarlo libre seria abusar de las palabras. Libre es el que se ha asimilado siquiera la dosis de pan intelectual que necesita para guiar su conducta. Libre es el que con verdad puede decir: *yo pienso*. No se entra en la comunión sagrada de los hombres libres sin haber recibido el bautismo doloroso de la duda.

Las ideas que no nos hemos asimilado suficientemente,—parásitas del alma, aun supuestas verdaderas,—son infecundas, huevos en un



nido solitario que no calienta ningún plumen. Encended en ella la llama del pensamiento, i a su calor las vereis jernir i crecer i dar frutos,—buenos o malos, no importa. El error tambien es útil: él tiene su destino en la economía mental, como lo tienen los volcanes en la economía terrestre. Pues que mil sendas conducen al error i una sola a la verdad, es fuerza haberse extraviado mil veces para acertar con el verdadero camino. La naturaleza es un maestro excelente pero rudo: solo despues de haber dejado parte de nuestra carne en los abrojos del sendero ostraviado, venimos a caer en la cuenta de que hemos errado el camino. Pero aunque no fuese así, “mas vale, dice el profesor Tyndall, el furor del torrente que el estancamiento del pantano; porque en el uno hai vida siquiera, i por consiguiente esperanza, mientras que en el otro no hai nada.”

Pero no es la herencia obligada de ideas, lo único que se opone al libre curso del pensamiento. La fatalidad tiene aquí un ausiliar poderoso en la sancion pública,—garra formidable, siempre abierta i pronta siempre a clavarse en aquellos que se atreven a pensar por sí o a vivir a su modo. I cuánta sea la eficacia de esta fuerza, casi tan ciega como las del mundo de la materia, dígalo la uniformidad que se nota casi por donde quiera en las sociedades modernas. ¿Se cree por ventura que todas las inteligencias libremente desarrolladas producirian unas mismas ideas, a la manera en que todos los peros dan peras?

“Todo público es ortodoxo i anatematiza a los disidentes.” La independencia del pensamiento no es ménos odiosa a los demagogos que a los déspotas. En el piélagó de los intereses i de las pasiones humanas no sobrenadan sino los que no llevan el pesadísimo lastre de un carácter independiente i de una inteligencia libre. ¿Ai de aquel que se atreva a poner en duda alguno de los artículos de fé de su partido político, por ejemplo! Por eso se halla ordinariamente sin sacerdote el templo de la imparcialidad. Por eso hallan rara vez los partidos entre sus miembros quien les preste el impagable servicio de decirles la verdad, cuando es amarga. Por eso guardan para sí tantos pensadores el fruto de sus meditaciones, privando a la sociedad de un caudal inmenso de ideas, si verdaderas, útiles por eso; si erróneas, útiles tambien, porque está en la naturaleza del error hacer resaltar la verdad.

Si tuviésemos presente que somos falibles i que pueden ser erróneas nuestras opiniones, no coronariamos de espinas a los que las ponen en duda i las discuten; seriamos induljentes con los que en busca de mas luz penetran osadamente en lo desconocido; no olvidariamos que no se mejora sin innovar, ni se innova sin atacar mas o ménos lo existente. Colou no habria descubierto un mundo, si se hubiese atenido a las ideas de los hombres ilustrados de su tiempo. Bacon no habria dado una nueva i excelente direccion al espíritu humano, si no hubiese empezado por darle rienda suelta al suyo para buscar libremente lo verdadero. Si amásemos de véras la verdad, respetariamos a su madre, que es la duda,—deidad severa que martiriza al hombre para engrandecerlo, que con acobar lo unje rei.

Pasajeros en una débil nave, separados del abismo por una tabla apénas, estamos prontos sinembargo a taparles los ojos a los que,

dudando de la infalibilidad del piloto, quisieran interrogar las estrellas para inquirir si hai algun rumbo mejor hácia el puerto deseado. La humanidad es grande, pero no es humilde ni agradecida. Ella se ha figurado siempre que las escasas gotas de verdad que hai en el torrente turbio de su vida, son todo el océano de la verdad; i por eso ha pagado cuando no con la cruz o la ciencia, al ménos con la esponja empapada en hiel i vinagre, a los hijos de la luz que se han atrevido a quitar alguna tiniebla de la oscuridad de su noche.

La independencia del pensamiento, condicion esencial de la verdadera libertad en el individuo, lo es tambien del progreso en la sociedad. La riqueza mental se aumenta con el cambio de ideas, como la afectiva con el cambio de sentimientos, como la material con el cambio de productos. Pero nada podria cambiarse donde todos pensasen de una misma manera; i es preciso reconocer que si existe alguna actividad en el comercio de las ideas, es porque ha habido i hai hombres, bien pocos por cierto que no respetan los diques caprichosos o absurdos que las ideas dominantes ponen al *hervir vividor* del alma.

Pártase del principio de que ya no hai nada que hacer en la esfera del pensamiento, de que lo que existe es lo mejor, i pasarán siglos i siglos sin adquirir una partícula mas de verdad ni de felicidad; como sucede en los pueblos del oriente, donde las palabras bondad, justicia, derecho, significan únicamente conformidad a la costumbre. Por eso se ha petrificado en ellos la raza, en términos de no poder modificarse sino para retrogradar o perecer. Por eso son hoy esclavos de bárbaros los hijos de Ismael, cuyos antepasados fundaron en ménos de un siglo un imperio casi tan grande como el imperio romano.

El poder de la costumbre no es tan absoluto en los pueblos cristianos; pero el mal existe en ellos tambien. Ya Tocqueville habia observado cuán restringida está por la opinion pública la libertad de pensar en los Estados Unidos; i voces tan autorizadas como las de Stuart Mill, (1) Matthew Arnold (2) i Kingdon Clifford (3) han llamado recientemente la atencion de los pensadores hácia los perniciosos efectos de este género de tiranía, que va cobrando mayor fuerza a medida que va haciéndose mas i mas efectivo el principio del gobierno de las mayorías.

Pero no basta tener ideas propias; es preciso tambien proceder de acuerdo con ellas. Creernos autorizados para examinarlo todo, es simplemente nuestro derecho; examinar siquiera aquellas ideas cardinales que son como los polos de la intelijencia, es nuestro deber; respetar en la práctica el resultado del exámen, proceder conforme a lo que se cree verdadero, cueste lo que costare, ese es el ideal. No basta templar el alma para la verdad; es necesario templar tambien el carácter para la libertad.

Lo único que podemos oponer con ventaja a todas las tiranías, es la educacion. Educar a un hombre es enseñarlo a servirse de su

(1) On Liberty.

(2) Essays in Criticism.

(3) Conditions du progrès mental. Traducion de J. D. Faure, Revue des cours scientifiques. 1868.



propio juicio, a darse cuenta de la razón de sus creencias i de los motivos de sus acciones. Tal es la labor que es preciso emprender, si en materia de libertad no nos contentamos con el nombre sino que buscamos la cosa. Es preciso enseñar de modo que el pan intelectual se convierta, como lo ha dicho un escritor ilustre, no en grasa sino en músculo mental.

Voi a concluir.

El hombre es al planeta en que vive i a la humanidad de que hace parte, lo que el átomo de agua al océano: aquel tiene su actividad propia, como éste su movimiento vibratorio peculiar: pero el uno obedece ineludiblemente al poder superior de la onda, i el otro al poder casi incontrastable de la tierra, i al de la humanidad, océano de hombres que un viento providencial impele inexorablemente hácia playas remotas, donde habrá mas verdad, mas libertad, mas felicidad.

Aumentar el movimiento propio del átomo i limitar el poder de la onda, tal es nuestra labor en la tierra. Pero la onda será siempre poderosa. La libertad absoluta es una meta a que el hombre no llegará jamás, pero a la cual se acerca sin cesar por un sendero pendiente i cubierto de abrojos; ora arrastrándose, ora dando dos pasos adelante i uno atrás, como los que peregrinaban a Jerusalem.

A veces, fatigado, presa del dolor i de la incertidumbre, se detiene a la vera del camino, deseoso de comprar el descanso aún al precio de sus esperanzas mas caras; pero entónces una mano poderosa le pone el aguijón al costado, i oye la voz de lo alto que le grita como a Asnavero: anda, anda!

Jamás podremos variar la inclinacion del eje de la eclíptica, ni sustraernos del todo al imperio de las fuerzas avasalladoras que nos rodean; pero la idea, que tiene el poder eficaz aunque lento del agua corriente, va modificando gradualmente los climas i adaptando a nuestras necesidades las otras condiciones del mundo exterior.

Jamás podrá el huésped invisible del cerebro cambiar a su gusto su efímera cuanto frágil morada; pero ésta llegará a ser digna de él mediante la acumulación de pequeños perfeccionamientos, sucesivamente transmitidos de jeneracion en jeneracion.

Siempre será corta nuestra existencia para asimilarnos el cúmulo enorme de ideas que recibimos con el lenguaje, i corto tambien el número de los que pueden dar pábulo a la llama mental; pero a cada conquista del pensamiento sobre la materia se aumenta el número de los llamados a la vida del alma, a luchar i vencer.

A medida que la mente se ilustra, el ideal se ennoblece i se acrecienta la fuerza moral, mientras que la fuerza instintiva permanece invariable. I finalmente, cuanto se difunde la luz, tanto mengua el poder de la voluntad sobre la voluntad, que va siendo reemplazado por el influjo saludable de la razón sobre la razón.

El hombre no nace pues libre, como decía Rousseau: nace esclavo pero cada día rompe uno de los alambres que forman su atadura.

La libertad, chispa no mas en los tiempos primitivos se ha hecho brasa, i se tornará hoguera, i llegará a ser al fin un sol, a cuyos fecundos rayos se abrirá a la vida una humanidad infinitamente mé-

nos desgraciada que la que hoy asorda la esfera con el eco de sus gemidos.

Sin esta creencia, serian inexplicables para mí las zozobras, las incertidumbres, los dolores de esta generación, cuyos huesos va quebrantando el carro que ha de conducir a nuestros hijos a un destino mejor.

Jóvenes alumnos de la Universidad! este noble instinto, a donde habeis venido en busca de luz, os la da, no con la mira de haceros sostenedores de tal o cual doctrina política o religiosa, sino con el objeto de ponerlos en aptitud de dar vuestra propia flor i vuestro propio fruto.

En eso precisamente funda su gloria la Universidad, vuestra segunda madre. Eso es lo que la hace acreedora a vuestra gratitud; eso lo que le da títulos de reconocimiento de la Nación i de la posteridad.

Jóvenes! La pena que he experimentado al subir a esta tribuna, de que me creo indigno, quedará bien recompensada si grabais profundamente en vuestras almas estas palabras de Augusto Laugel, con que voy a terminar:

“El destino del hombre es oscuro; pero su deber es claro: amar la verdad i buscarla libremente.

“Lo realmente vergonzoso es ser uno infiel así mismo, no mantener su conducta al nivel de su ideal.

“La verdadera desgracia es el eclipse de la luz interior, la parálisis de la conciencia, la muerte del alma.”